Renglones de Fuego

de Vicente Fernandez

Prologo

Los grandes descubrimientos

de Miguel Rubio

A mi maestro

El prólogo que tengo el honor de escribir para este excepcional libro sobre la flammagrafía, se nutre de una serie de datos biográficos de mi maestro, Don Vicente, de cómo irrumpió en el mundo del arte descubriendo la flammagrafía, la técnica que aquí presenta y también de algunas vivencias reveladoras que marcaron mi destino como alumno suyo. Rememorar aquellos momentos es permitirme expresar la profunda gratitud que siento hacia mi maestro Don Vicente.

D. Vicente fue mi maestro en cuarto de EGB. Estamos en 1975 a orillas del río Esgueva, donde se encuentra el colegio Sagrada Familia de Valladolid.

Recuerdo que la experiencia y el conocimiento práctico, estaban muy presentes en sus clases, era educación experimental. Trabajaba el grupo pero sobretodo la persona; a pesar de ser un grupo de mas de cuarenta alumnos, conseguía personalizar su enseñanza. Ahora veo desde la distancia su intención primordial, D. Vicente quería que aprendiéramos a concentrarnos, a observar y a cultivar nuestra sensibilidad, todo ello a través de la observación de nuestro entorno mas cercano. Rápidamente comprobamos que D. Vicente no estaba en la guerra sino en la agricultura, en la naturaleza regando allí donde hacia falta para crecer y fortalecer a los individuos

El momento artístico en sus clases para mí era de tal impacto que no recuerdo haber estudiado otra materia con él, ¿matemáticas? seguramente, pero solo recuerdo las clases de arte. Eran una serie de cápsulas sostenidas en el tiempo que hilvanaban el resto de la formación. El arte tenía una presencia constante. De tal manera que, en mi caso, esperaba la siguiente experiencia artística con ansiedad.

Guardo un recuerdo vivo de aquellos experimentos que ilustran el afán incontestable de D. Vicente en el ámbito de la percepción. La luz, el claroscuro, maneábamos conceptos que se instalaban por primera vez en nuestra mente a los 9 años.

Me gustaría dejar aquí registrado algún ejemplo. Uno de los experimentos era desvelar el color local de cualquier cosa. Se trataba de utilizar el puño como un catalejo dejando un mínimo hueco enfocando a cualquier objeto. Sorpresa! a veces no era el color previsto por nuestra tramposa percepción. Don Vicente nos decía, “hoy a las dos de la tarde cuando estéis en casa, todos en ese instante vamos a observar el color del cielo y luego lo comentamos por la tarde”. Un afán incontestable en la observación. O cuando decía “Rubio ven acá. hoy creamos poliedros. ¿De donde viene la luz?”. Las clases respiraban arte a través de la observación y el descubrimiento. Era sin duda la época de los grandes descubrimientos.

El entorno e infancia de D. Vicente contaba con los mimbres, digamos la candela necesaria para entrar en combustión artística. Veamos dos momentos cruciales de su niñez.

No es casual que Vicente Fernández, su abuelo por parte de padre, fuera herrero y su abuelo por parte de madre José María Martínez, ebanista en aquella carpintería donde siendo un crío jugaba entre las virutas del cepillo. Así fue como cerca de la Bañeza en León, siendo hijo de agricultores, un día vio un dibujo que hizo su mamá tras volver de sus faenas de siega y de mover la yunta de bueyes, era un dibujo hecho con pinturas de Alpino, un fascinante pavo real. El jovencito contaba con 3 o 4 años. Esa imagen radiante le hechizó.

Un tiempo después, con 13 años, tras darse un baño en el agua fría de la alberca lamentablemente contrajo una hepatitis que le paró un tiempo, y qué es lo que hizo en ese tiempo, lógicamente construyó el Partenón con 260 alfileres y unos cartones de cajas de galletas. Por no hablar de las noches, mientras escuchaba a su padre memorizar y declamar guiones teatrales como Juan Tenorio, para representarlos sobre un escenario ante el público y ante él. Así es como entendió que estaba abocado a ser artista antes que nada, pero también maestro, y es que D. Vicente pensó que la educación debía ser diferente, entró en ella por pura y temprana vocación y también porque su maestro D. Federico con su ejemplo demostraba que la enseñanza era francamente mejorable. Hace pocos días Don Vicente me dijo: *la clave de mi enseñanza ha sido la entrega*, un concepto rotundo, Un ofrecimiento sin dobleces, por principio.

Estos dos momentos entre otros motivos, le llevaron a ser un gran artista, a descubrir una técnica de representación artística, y a cautivar a sus alumnos, fraguando artistas de diferentes generaciones. Carmen Escudero nuestra actual directora del colegio Sagrada Familia de Valladolid, donde Don Vicente continuó dando clases, me comentó que hay una gran cantidad de muchachos que salen del colegio y van a bachillerato artístico, no creo que sea casual, el fuego deja siempre rescoldos y brasa.

He titulado este prólogo los grandes descubrimientos dado que el año de 1975 con D. Vicente fue para nosotros una época de grandes descubrimientos, pero también lo fue para él ya que fue la época en la que descubrió la técnica de la flammagrafía, concretamente el año 1973

La flammagrafia es monocroma y su esencia es la tonalidad en la madera quemada, curiosamente en una ciudad conocida por su escultura en madera policromada. En los cuadros de D. Vicente no echo de menos el color, incluso a veces según la temática ni la línea. El trabajo es de masas, de contraste, de luz. Es un trabajo de síntesis y de concentración en lo específico de lo representado. En el fuego están los 3 colores primarios, el azul, el amarillo y el rojo, si ahora encendemos un fuego veremos esos 3 colores. Nuestro maestro los resume y traduce en madera tostada, cálida y luminosa, con el efecto evanescente y fundido del fuego. Todo ello controlando una de los elementos más rebeldes e ingobernables, el fuego. Pero, ¿cómo y cuándo un joven artista supo ver que en la destrucción que a veces asociamos al fuego, especialmente si pensamos en madera, había creación artística?

Vayamos al instante cero, al momento de lo inesperado, concretamente a las casas de maestros de Rentería donde D. Vicente se incorporó a la enseñanza. Un día encontró allí una madera de pino tea, encendió el soplete con el que trabajaba los marcos de sus grabados y se puso a jugar. La primera sorpresa fue ver aquella resina sudando en la madera, pero la sorpresa pronto se tornó en asombro al acariciar la madera con el fuego y ver las vetas formar aquel oleaje y aquella fluctuación sin igual. Impresionado pensó *si yo pudiera dominar estas vetas!* Así nació la flammagrafia. Los siguientes acontecimientos se precipitaron cuando el público y el ámbito artístico lo vieron de cerca.

En un remoto pasado, hace exactamente medio siglo, un crítico de arte y profesor de Bellas Artes, D. Vicente Cobreros Uranga, asistió a una exposición en San Sebastián. Allí, se sintió intrigado por unas arriesgadas tablas abstractas que eran flameadas con soplete y que acompañaban a unos depurados pirograbados, técnica que nuestro artista llevaba practicando durante 8 años, unos grabados que habían sido ignorados por el crítico debido a su interés en aquellas "sombras chinescas".

El crítico le sugirió a D. Vicente que intentara explorar el arte figurativo en lugar del abstracto. En solo seis meses, D. Vicente logró crear una obra entre el abstracto y el arte figurativo. Al contemplarla, el crítico le comunicó *acabas de descubrir una técnica, le tienes que poner nombre, pero te queda mucho por andar, tanto como medio siglo*, añade ahora D. Vicente. Así fue como entre ellos surgió el nombre, *flammagrafia* un nombre que proviene del latín "flamma" (llama) y el griego "grafía" (grabado), aludiendo al grabado a fuego mediante un soplete.

Con el tiempo, la palabra lammagrafia se ha propagado a diversos idiomas, ganando reconocimiento y relevancia. El Marqués de Lozoya, quien en su día dirigió en Madrid Bellas Artes y el Patrimonio Artístico Nacional, le propuso a D. Vicente que escribiera un libro sobre esta técnica y se ofreció a escribir el prólogo. Sin embargo, debido a infortunios del destino, su fallecimiento dos años después causó al autor un profundo e incomodo desánimo. Como resultado, pospuso la escritura del libro hasta ahora, cuando ha decidido retomarla para conmemorar el 50 aniversario.

Durante estos últimos 50 años, D. Vicente ha exhibido su obra en numerosas salas de España y Europa, acompañadas de conferencias sobre su técnica. También ha realizado un cuadro para S.M. el Rey Felipe VI cuando era Príncipe de Asturias, así como para la Princesa Leonor cuando fue nombrada Princesa de Asturias.

Es un honor para mí asumir la responsabilidad de llevar a cabo esta publicación. Siendo su alumno, fui a una de sus exposiciones y vi una figura femenina, una espalda que ya nunca olvidaría. Entendí, que yo estaba destinado a representar arte figurativo. D. Vicente no me preparó para alcanzar un alarde menor, me formó para alcanzar la prueba definitiva para entrar en la arena artística. Y lo hizo en un año.

Para ilustrar ese poder transformador que retrata a mi maestro, me gustaría concluir con una anécdota. Un día me dijo *quiero hablar con tus padres y tu debes estar presente*, para lo cual propuso una conversación privada en su casa. Percibí la importancia del encuentro. ¿Qué quería? Llegamos a su despacho, y escuche un discurso que aun recuerdo, D. Vicente sugirió a mis padres que yo debería estudiar en la universidad Bellas Artes, con su apoyo incondicional. Entonces hizo una defensa argumentada y extraordinariamente generosa de uno de sus alumnos. A pesar de que su mensaje no caló en mis padres, de vuelta en el paseo que separan su casa de la mía, ese día pasaron dos cosas vitales para mí, supe cual sería mi profesión, ese día se abrió una herida que, aunque tardó en cerrar, fue precisamente la que me impulso directo a mi profesión, y la segunda, vi muy de cerca lo que es un maestro, un gran maestro. Una persona que te cambia la vida. D. Vicente pudo prescindir de aquella cita, nada le obligaba, pero lo hizo. Y lo hizo por la cualidad esencial del artista, por coraje. Siempre he visto en la mirada de Don Vicente la cita del mítico Walt Disney, *si lo puedes soñar, lo puedes lograr*.

Años después, fui a la universidad a estudiar Bellas Artes. Y así, con el transcurso del tiempo, recibí la solicitud de Don Vicente para escribir este prólogo. Es un honor y le deseo expresar mi máxima admiración, gratitud y cariño por su dedicación, su valentía y su capacidad para transformar vidas a través del arte.

Este libro que se presenta con orgullo desde la prestigiosa sede de la AEPE (Asociación Española de Pintores y Escultores) trae consigo un legado artístico que ha trascendido en el tiempo. En sus páginas, los lectores descubrirán la magia de la flammagrafía y el poder transformador que el arte puede ejercer en nuestras vidas.

Gracias Maestro,

Miguel Rubio

Valladolid, 26 de julio de 2023